LIBRO dot.com

Reyes de la noche

Robert E. Howard

(Serie Conan)



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Dormitaba el César en su trono de marfil. Vinieron sus férreas legiones para vencer a un rey en una tierra ignota y una raza sin nombre.

La Canción de Bran

1

La daga cayó con un destello. Un grito agudo se convirtió en un estertor. La figura que yacía en el tosco altar se retorció convulsivamente y quedó inmóvil. El mellado filo de pedernal desgarró el pecho enrojecido y unos dedos delgados y huesudos, horrendamente manchados, arrancaron el corazón aún Palpitante. Bajo unas espesas cejas blancas, dos ojos penetran*tes* brillaban con feroz intensidad.

Junto al asesino había cuatro hombres al lado de la irregular pila de piedras que formaba el altar del Dios de las Sombras. Uno era de talla mediana y constitución esbelta, parcamente vestido, con la negra cabellera ceñida por una estrecha banda de hierro en el centro de la cual destellaba una solitaria piedra roja. De los demás, dos eran morenos como el primero, Pero así como él era esbelto, ellos eran rechonchos y deformes, con miembros nudosos y cabello enmarañado cayendo sobre frentes estrechas. El rostro de aquél indicaba inteligencia y una voluntad implacable; los suyos meramente una ferocidad parecida a la de las bestias. El cuarto hombre tenía poco en común con el resto. Les llevaba casi una cabeza de altura, aunque su cabellera era negra como la de ellos, su piel comparativamente más clara y los ojos grises. Contemplaba el ceremonial con expresión poco favorable.

Y en verdad, Cormac de Connacht no se hallaba muy a gusto. Los druidas de su propia isla, Erín, tenían extraños y oscuros rituales de adoración, pero nada como aquello. Oscuros árboles rodeaban la sombría escena, iluminada por una antorcha solitaria. El fantasmal viento nocturno gemía entre las ramas. Cormac estaba solo entre hombres de una raza extraña, y acababa de ver arrancar el corazón de un hombre de su cuerpo aún palpitante. El viejo sacerdote, que a duras penas parecía humano, contemplaba la cosa que aún latía. Cormac se estremeció, dirigiendo una mirada al que llevaba la piedra roja. ¿Acaso Bran Mak Morn, rey de los pictos, creía que su viejo carnicero de barba blanca podía predecir los acontecimientos observando un sanguinolento corazón humano? Los ojos oscuros del rey eran inescrutables. Había extraños abismos en aquel hombre que ni Cormac ni nadie podían medir.

—¡Los augurios son buenos! —exclamó salvajemente el sacerdote, hablando más para los dos jefes que para Bran—. Aquí, en el palpitante corazón de un prisionero romano, leo... ¡la derrota para las armas de Roma! ¡El triunfo para los hijos de los brezales!

Los dos salvajes murmuraron entre dientes y sus ojos feroces destellaron.

—Id y preparad a vuestros clanes para la batalla —dijo el rey, y los dos se alejaron con la zancada simiesca propia de tales gigantes contrahechos.

Sin prestar más atención al sacerdote que examinaba la espantosa ruina del altar, Bran le hizo un gesto a Cormac. El gaélico le siguió sin hacerse de rogar. Una vez fuera del tétrico bosquecillo, bajo la luz de las estrellas, respiró con mayor libertad. Se hallaban en una elevación, contemplando vastas ondulaciones de suaves pendientes cubiertas de brezos. En las cercanías parpadeaban algunas hogueras; su escaso número no atestiguaba las hordas de hombres de las tribus que se hallaban junto a ellas. Más allá había otras hogueras, y aún más lejos otras; estas últimas señalaban el campamento de los hombres de Cormac, duros jinetes y luchadores gaélicos, pertenecientes a los que empezaban por entonces a asentarse en la costa occidental de Caledonia..., el núcleo de lo que más tarde se convertiría en el reino de Dalriadia. Y a la izquierda de esas hogueras, aún ardían otras.

Y más a lo lejos, al sur, había más hogueras..., meros puntitos luminosos. Pero incluso a esa distancia el rey picto y su aliado celta podían ver que esas hogueras estaban dispuestas en un orden regular.

—Los fuegos de las legiones —musitó Bran—. Los fuegos que han iluminado un sendero que rodea al mundo. Los hombres que encienden esos fuegos han pisoteado bajo sus talones de hierro a todas las razas. Y ahora..., nosotros, los del brezal, nos hallamos con la espalda contra la pared. ¿Qué sucederá mañana?

—La victoria para nosotros, dice el sacerdote —respondió Cormac.

Bran hizo un gesto de impaciencia.

—Luz de luna en el océano. Viento en las copas de los abetos. ¿Crees que tengo fe en tal mascarada? ¿O que he disfrutado con el degollamiento de ese legionario cautivo? Debo contentar a mi gente; fue por Gron y Bocah por los que permití al viejo Gonar leer los augurios. Los guerreros lucharán mejor.

—¿Y Gonar? Bran rió.

—Gonar es demasiado viejo para creer en nada. Era gran sacerdote de las Sombras una veintena de años antes de que naciera yo. Se proclama descendiente directo de ese Gonar que era brujo en los días de Brule, el de la Lanza Asesina, que fue el primero de mi linaje. Ningún hombre sabe lo viejo que es... ¡A veces pienso que es el Gonar original en persona!

—Al menos —dijo una voz burlona, y Cormac se sobresaltó al aparecer a su lado una figura borrosa—, al menos he a-prendido que para conservar la fe y la confianza del pueblo, un hombre sabio debe aparecer como un tonto. Conozco secretos que harían estallar incluso tu cerebro, Bran, si te los contara. Mas para que el pueblo pueda creer en mí, he de rebajarme a las cosas que ellos consideran la magia adecuada..., y vociferar, aullar y agitar pieles de serpiente, y embadurnarme con sangre humana y vísceras de gallina.

Cormac miró al anciano con nuevo interés. La semilocura de su aspecto se había desvanecido. Ya no era el charlatán, el chamán que mascullaba hechizos. La luz de las estrellas le otorgaba una dignidad que parecía incrementar su propia estatura, de modo que se alzaba como un patriarca de barba canosa.

—Bran, ahí está tu duda —dijo el brujo, señalando con el flaco brazo hacia el cuarto anillo de hogueras.

—Cierto —asintió el rey lúgubremente—. Cormac..., lo sabes tan bien como yo. La batalla de mañana depende de ese círculo de hogueras. Con los carros de los britanos y tus jinetes occidentales, nuestro éxito sería cierto, pero..., ¡con seguridad que en el corazón de cada normando anida el mismo diablo! Y ahora que su jefe, Rognar, ha muerto, juran que sólo serán conducidos por un rey de su propia raza. De lo contrario romperán su juramento y se pasarán a los romanos. Sin ellos estamos condenados, pues no podemos cambiar nuestro plan.

—Ánimo, Bran —dijo Gonar—. Toca la piedra en tu corona de hierro. Puede que te traiga ayuda.

Bran rió amargamente.

—Ahora hablas como piensa el pueblo. No soy un tonto para engañarme con palabras vacías. ¿Qué hay en esa gema? Cierto, es extraña, y hasta ahora me ha traído suerte. Pero ahora no necesito joyas, sino la alianza de trescientos normandos caprichosos que son los únicos guerreros entre nosotros que pueden resistir la carga de las legiones a pie.

—¡Pero la gema, Bran, la gema! —insistió Cormac.

—¡Bien, la gema! —gritó Bran con impaciencia—. Es más vieja que este mundo. Era vieja cuando la Atlántida y Lemuria se hundieron en el mar. Le fue entregada a Brule, el de la Lanza Asesina, el primero de mi linaje, por Kull el atlante, rey de Valusia, en los días en que el mundo era joven. Pero ¿ nos será eso de provecho ahora?

—¿Quién sabe? —preguntó el brujo, evasivamente—. El tiempo y el espacio no existen. No hubo pasado, y no habrá futuro. El ahora lo es todo. Todas las cosas que alguna vez fueron, son o serán se refieren al ahora. El hombre se halla siempre en el centro de lo que llamamos tiempo y espacio.

He ido al ayer y al mañana y ambos eran tan reales como el hoy.-.i que es como los sueños de los fantasmas. Pero dejadme dormir y hablar con Gonar. Puede que él nos ayude.
—¿Qué quiere decir? —preguntó Cormac, con un ligero encogimiento de hombros, mientras el sacerdote se perdía entre las sombras.
—Ha dicho siempre que el primer Gonar acude a él en sus sueños y le habla —respondió Bran—. Le he visto hacer cosas que parecían hallarse más allá de las capacidades humanas. No lo sé. Sólo soy un rey desconocido con una corona de hierro, intentando levantar a una raza de salvajes del fango en el que se han hundido. Revisemos los campamentos.
Mientras caminaban Cormac se hacía preguntas. ¿Por que extraño fenómeno del destino se había alzado un hombre tal entre la raza de los salvajes, sobrevivientes de una era más oscura y lúgubre? Con seguridad era un atavismo, un tipo original de los días en que los pictos gobernaban toda Europa, anees de que su imperio primitivo cayera bajo las espadas de bronce de los galos. Cormac sabía cómo Bran, alzándose por su propio esfuerzo desde la olvidada posición de un hijo del jefe del clan del Lobo, había unido hasta el momento a las tribus del brezal y ahora reclamaba reinar sobre toda Caledonia. Pero su dominio era vago, y mucho quedaba por hacer antes de que los clanes pictos olvidaran sus querellas y presentaran un frente sólido a los enemigos extranjeros. De la batalla del día siguiente, la primera que iban a presentar los pictos unidos bajo su rey a los romanos, dependía el futuro del naciente reino picto.
Bran y su aliado caminaron por el campamento picto, donde los guerreros achaparrados dormían alrededor de sus pequeñas hogueras, roncando o royendo comida a medio cocer. Mil hombres acampaban allí, pero los únicos sonidos eran algún ruido bajo y gutural. El silencio de la Edad de Piedra descansaba en las almas de aquellos hombres.
Todos eran bajos..., la mayoría de miembros retorcidos. Enanos gigantes; Bran Mak Morn era un hombre alto entre ellos. Sólo los viejos tenían barba, y bastante rala, pero su negro cabello les caía hasta los ojos, de modo que miraban ferozmente bajo las enmarañadas cabelleras. Iban descalzos y Parcamente vestidos con pieles de lobo. Sus armas consistían en cortas espadas serradas con hierro, pesados arcos negros y mazas con cabezas de piedra. Carecían de armadura defensiva, salvo por un tosco escudo de madera cubierta de piel; muchos llevaban en sus revueltas melenas pedazos de metal como ligera protección contra los tajos. Unos pocos, hijos de largos linajes de jefes, eran de miembros esbeltos y finos como Bran, pero en los ojos de todos brillaba el inextinguible salvajismo de lo primigenio.
«Estos hombres son totalmente salvajes —pensó Cormac—, peores que los galos, los britanos y los germanos. ¿Pueden ser ciertas las viejas leyendas, según las cuales reinaron en días en que extrañas ciudades se alzaban donde ahora espumea el mar? ¿Y que sobrevivieron a la inundación que barrió esos brillantes imperios, hundiéndolos nuevamente en el salvajismo del que habían salido?»
Junto al campamento de las tribus se hallaban las hogueras de un grupo de britanos..., miembros de las fieras tribus que vivían al sur del Muro Romano pero que moraban en las colinas y bosques al oeste y desafiaban el poder de Roma. Eran hombres de constitución poderosa, con llameantes ojos azules y melenas de enredado cabello amarillo, hombres tales como los que habían poblado las playas Ceannrish cuando César trajo las Aguilas a las Islas. Esos hombres, como los pictos, no llevaban armadura, e iban pobremente vestidos con tela áspera y sandalias de piel de ciervo. Llevaban pequeños escudos redondos de madera endurecida, reforzada con bronce, para sostener en el brazo izquierdo, y espadas de bronce largas y pesadas con punta roma. Algunos llevaban arco, aunque los britanos no eran buenos arqueros. Sus arcos eran más cortos que los de los pictos, y efectivos sólo a poca distancia. Pero junto a sus hogueras estaban las armas que habían hecho de la mera mención del britano algo terrible para los pictos, los romanos y los saqueadores nórdicos. Dentro del círculo de luz de la hoguera se alzaban cincuenta carros de bronce con largas y crueles cuchillas curvas sobresaliendo de los costados. Una sola de esas cuchillas podía desmembrar a la vez a media docena de hombres. Trabados cerca, bajo la mirada vigilante de los guardias, pastaban los caballos de los carros..., corceles grandes y enérgicos, veloces y poderosos.

—Ojalá tuviéramos más de ellos —musitó Bran—. Con mil carros y mis arqueros podría arrojar a las legiones al mar.
—Las tribus inglesas libres caerán finalmente ante Roma —dijo Cormac—. Deberían apresurarse a unirse a ti en tu guerra.
Bran hizo un gesto de impotencia.
—La veleidad del celta. No pueden olvidar viejas querellas. Nuestros ancianos nos han contado como no se unieron ni siquiera contra César cuando llegaron los romanos por primera vez. No harán causa común contra un enemigo. Estos hombres acudieron a mí por alguna disputa con su jefe, pero no puedo confiar en ellos cuando no se hallan en combate. Cormac asintió.
—Lo sé —dijo—. César conquistó la Galia enfrentando una tribu a otra. Mi propio pueblo cambia, y varía de opinión, con el movimiento de las mareas. Pero de todos los celtas, los cimrios son los más mudables, los menos de fiar. No hace muchos siglos mis propios antepasados gaélicos arrebataron Erín a los cimrios danaanos, porque aunque nos superaban en número, se nos enfrentaron como tribus separadas, antes que como una nación.
—Y de igual modo estos britanos cimrios se enfrentan a Roma —dijo Bran—. Nos ayudarán mañana. Más, no puedo decirlo. Pero ¿cómo puedo esperar lealtad de tribus extrañas, cuando no estoy seguro de mi propia gente? Hay miles que vagan independientes por las colinas. Sólo soy rey de nombre. Deja que venza mañana y acudirán a mi estandarte; si pierdo, se dispersarán como pájaros ante un vendaval helado.
Un coro de ásperas bienvenidas acogió a los dos jefes cuando entraron en el campamento de los gaélicos de Cormac. Su número era de quinientos, hombres altos y fornidos, casi todos de cabellera negra y ojos grises, con el aspecto de los hombres que sólo viven de la guerra. Mientras que no había nada parecido a una disciplina estrecha entre ellos, existía un aire de más sistema y orden práctico que el existente en las líneas de pictos y britanos. Aquellos hombres pertenecían a la última raza celta que invadió las Islas, y su civilización bárbara era de un orden mucho más elevado que el de sus parientes cimrios. Los antepasados de los gaélicos habían aprendido las artes de la guerra en las vastas llanuras de Escitia y en las cortes de los faraones, donde habían combatido como mercenarios de Egipto, y llevaron consigo a Irlanda mucho de lo que habían aprendido. Sobresalían en trabajar el metal, y estaban armados no con toscas espadas de bronce, sino con finas armas de hierro.
Vestían faldellines bien tejidos y sandalias de cuero. Cada uno llevaba una ligera cota de malla y un casco sin visera, Pero ésa era toda su armadura defensiva. Celtas, gaélicos o britanos, todos se inclinaban a juzgar el valor de un hombre por la cantidad de armadura que llevaba. Los butanos que se enfrentaban a César tildaban a los romanos de cobardes porque se recubrían de metal, y muchos siglos después los clanes irlandeses pensaron lo mismo de los caballeros normandos de Strongbow, cubiertos de cota de malla.
Los guerreros de Cormac eran jinetes. Ni conocían ni apreciaban el uso del arco. Llevaban el inevitable escudo redondo reforzado con metal, dagas, espadas largas y rectas, y hachas ligeras manejables con una sola mano. Sus caballos estaban trabados allí cerca, paciendo. Animales de grandes huesos, no tan pesados como los criados por los britanos, pero más veloces.
Los ojos de Bran se iluminaron mientras recorrían el campamento.
—¡Estos hombres son aves guerreras de agudo pico! ¡Mira cómo afilan sus hachas y bromean sobre mañana! Si todos los hombres de los campamentos fueran tan resistentes como tus hombres, Cormac, recibiría con una carcajada a las legiones cuando suban mañana del sur.
Estaban entrando en el círculo de hogueras de los normandos. Alrededor de ellas se hallaban sentados unos trescientos hombres jugando, afilando sus armas y bebiendo en abundancia la cerveza de brezo que les proporcionaban sus aliados pictos. Miraron a Bran y a Cormac con cara de pocos amigos. Era sorprendente percibir la diferencia entre ellos y los pictos celtas..., la diferencia en sus fríos ojos, sus rostros recios y adustos, su mismo talante. Allí había ferocidad y salvajismo, pero no la furia explosiva y loca del celta. Allí había una fiereza respaldada por una determinación

sombría y una estólida tozudez. La carga de los clanes británicos era terrible y avasalladora. Pero carecían de paciencia; si se les escatimaba la victoria inmediata, era muy probable que perdieran los ánimos y se dispersaran o empezaran a pelearse entre ellos. En aquellos viajeros marinos había la paciencia del frío y azul Norte..., una determinación duradera que les haría mantenerse firmes hasta el amargo final, una vez que hubieran acordado una empresa definida.

En cuanto a estatura personal, eran gigantes; macizos pero bien proporcionados. Que no compartían las ideas de los celtas en cuanto a la armadura lo demostraba el hecho de que llevaban camisa de cota de malla que les llegaba hasta medio muslo, pesados cascos con cuernos, y polainas de cuero endurecido, reforzadas, al igual que su calzado, con láminas de hierro. Sus escudos eran enormes, ovalados y fabricados con madera endurecida, cuero y bronce. Como armas tenían largas lanzas con punta de hierro, pesadas hachas de hierro y dagas. Algunos llevaban espadas largas y de hoja ancha.

Cormac no se hallaba muy a sus anchas al ver los fríos y magnéticos ojos de aquellos hombres de cabello pajizo clavados en él. Eran enemigos hereditarios, aunque la suerte les hiciera pelear del mismo lado actualmente. Pero... ¿estaban del mismo lado?

Un hombre avanzó, un guerrero alto y flaco en cuyo lobuno rostro lleno de cicatrices la parpadeante luz de la hoguera reflejaba profundas sombras. Con su capa de piel de lobo cubriéndole a medias los anchos hombros, y los grandes cuernos de su casco aumentando su estatura, se alzó inmóvil entre las sombras vacilantes, como algún ser semihumano, una sombría forma de oscura barbarie que pronto iba a sumergir al mundo.

—Bien, Wulfhere —dijo el rey picto—, habéis bebido el hidromiel del consejo y habéis hablado alrededor de las hogueras... ¿Cuál es vuestra decisión?

Los ojos del normando relampaguearon en la penumbra.

—Danos un rey de nuestra propia raza al que seguir si deseas que luchemos por ti. Bran abrió los brazos.

—¡Pídeme que haga caer las estrellas para enjoyar vuestros cascos! ¿No te seguirán tus camaradas?

—No contra las legiones —respondió Wulfhere adustamente—. Un rey nos condujo en la senda del vikingo... Un rey debe conducirnos contra los romanos. Y Rognar ha muerto.

—Yo soy un rey —dijo Bran—. ¿Lucharéis por mí si permanezco en primera línea de vuestra cuña de combate?

—Un rey de nuestra propia raza —dijo Wulfhere tozudamente—. Todos somos hombres selectos del Norte. No luchamos por nadie salvo por un rey, y debe conducirnos un rey... contra las legiones.

Cormac percibió una sutil amenaza en esa frase repetida.

—Aquí no hay un príncipe de Erín —dijo Bran—, ¿Lucharéis por el hombre de occidente?

—No peleamos bajo celta alguno, del oeste o del este gruñó el vikingo, y un apagado rumor aprobatorio se alzó de entre los espectadores—. Ya es bastante luchar a su lado.

La sangre caliente del gaélico se encrespó en el cerebro de Cormac y apartó a un lado a Bran, con la mano en la espada.

—¿Qué quieres decir con eso, pirata? Antes de que Wulfhere pudiese replicar, Bran se interpuso:

—¡Basta ya! Estúpidos, ¿perderéis la batalla con vuestra locura antes de darla? ¿Qué hay de tu juramento, Wulfhere?

—Lo juramos bajo Rognar; cuando murió por una flecha romana quedamos liberados de él. No seguiremos más que a un rey... contra las legiones.

—Pero tus camaradas te seguirán... contra el pueblo del brezal... —acotó Bran.

—Sí —repuso el normando, desafiante—. Mándanos un rey o mañana nos uniremos a los romanos.

Bran lanzó un rugido. Su rabia dominaba la escena, empequeñeciendo a los hombres enormes que se alzaban por encima de él.

—¡Traidores! ¡Mentirosos! ¡Tengo vuestras vidas en mi mano! Sí, desenvainad las espadas si queréis... Cormac, mantén tu hoja en la funda. ¡Estos lobos no morderán a un rey! Wulfhere..., os perdoné la vida cuando podía habérosla arrancado...

»Vinisteis a saquear los países del Sur, descendiendo del mar del Norte en vuestras galeras. Asolasteis las costas, y el humo de las aldeas en llamas colgó como una nube sobre las riberas de Caledonia. **Os** atrapé a todos cuando estabais saqueando e incendiando..., con la sangre de mi gente en vuestras manos. Quemé vuestras naves largas y os tendí una emboscada cuando me perseguisteis. Con tres veces más arqueros que vosotros, ardiendo por cobrar vuestras vidas, ocultos en las colinas de brezo que os rodeaban, os perdoné cuando podía haberos asaeteado como a lobos atrapados. Porque os perdoné, me prestasteis juramento de luchar por mí.

—¿Y vamos a morir porque los pictos luchen con Roma? —rezongó un guerrero barbudo.

—Vuestras vidas me pertenecen; vinisteis para asolar el Sur. No prometí devolveros a vuestros hogares del Norte sin daño alguno y cargados de botín. Vuestro juramento fue luchar en una batalla contra Roma bajo mi estandarte. Entonces yo ayudaría a vuestros supervivientes a construir naves y podríais ir donde quisierais, con una buena parte del botín que tomemos de las legiones. Rognar había mantenido su juramento. Pero Rognar murió en una escaramuza con exploradores romanos y ahora tú, Wulfhere, el Sembrador de Discordia, soliviantas a tus camaradas para deshonraros a vosotros mismos con aquello que más odia un normando..., romper la palabra de la espada.

—No rompemos voto alguno —gruñó el vikingo, y el rey sintió la tozudez básica del germano, mucho más difícil de combatir que el ánimo veleidoso de los fieros celtas—. Danos un rey que no sea picto, gaélico o britano, y moriremos por tí. Si no... mañana lucharemos por el mayor de todos los reyes..., ¡el emperador de Roma!

Por un instante Cormac pensó que el rey picto, en su negra rabia, desenvainaría la espada y mataría de un golpe al normando. La furia concentrada que llameaba en los ojos oscuros de Bran hizo que Wulfhere retrocediera y echara mano a su cinto.

—¡Estúpido! —dijo Mak Morn con voz apagada que vibraba de pasión—. Podría barreros de la tierra antes de que los romanos se hallaran lo bastante cerca como para oír vuestros aullidos de muerte. Escoged... O lucháis por mí por la mañana... ¡o morís esta noche bajo una nube negra de flechas, una tormenta roja de espadas, una ola oscura de carros!

Ante la mención de los carros, la única arma de guerra que había roto el muro de escudos normandos, Wulfhere cambió de rostro, pero se mantuvo firme.

—Que sea la guerra... —dijo tozudamente— ¡o un rey para conducirnos!

Los normandos respondieron con un breve rugido gutural y un golpear de espadas sobre los escudos. Bran, con los ojos llameantes, iba a hablar de nuevo, cuando una forma blanca se deslizó silenciosamente en el anillo de luz de las hogueras.

—Dulcificad vuestras palabras, dulcificad vuestras palabras —dijo tranquilamente el viejo Gonar—. Rey, no digas más. Wulfhere, tú y los tuyos ¿lucharéis por nosotros si tenéis un rey para guiaros?

—Lo hemos jurado.

—Entonces tened calma—replicó el hechicero—. Porque antes de que se trabe combate por la mañana, ¡os enviaré un rey como hombre alguno en la tierra ha seguido desde hace un millar de años! ¡Un rey que no es picto, gaélico o britano, pero al lado del cual el emperador de Roma no es sino el jefe de una aldea!

Mientras permanecían indecisos, Gonar cogió por el brazo a Cormac y Bran.

—Venid. Y tú, normando, recuerda tu voto y mi promesa, que nunca he roto. Duerme ahora, y no pienses en escabullirte al abrigo de la oscuridad al campamento romano, pues si escapases a nuestras saetas no escaparías a mi maldición o a las sospechas de los legionarios.

Así pues, los tres se alejaron, y Cormac, mirando hacia atrás, vio a Wulfhere en pie junto al fuego, mesándose la dorada barba, con una expresión de ira y asombro en su delgado rostro.

Los tres anduvieron en silencio a través del brezal ondulante bajo las lejanas estrellas, mientras el extraño viento nocturno murmuraba secretos fantasmales a su alrededor.

—Hace eras —dijo repentinamente el brujo—, en los días en que el mundo era joven, grandes tierras se alzaban donde ahora ruge el océano. En esas tierras había naciones y reinos poderosos. El más grande de todos ellos era Valusia..., Tierra de Encantamiento. Roma es una aldea comparada

con el esplendor de las ciudades de Valusia. Y el más grande de los reyes fue Kull, que vino de la tierra de la Atlántida para arrebatar la corona de Valusia a una dinastía degenerada. Los pictos que moran en las islas que ahora forman los picos montañosos de una tierra extraña en el Océano Occidental eran aliados de Valusia, y el más grande de todos los jefes guerreros pictos fue Brule, Lanza Mortífera, el primero del linaje que los hombres llaman Mak Morn.

»Kull le dio a Brule la gema que ahora llevas en tu corona de hierro, después de una extraña batalla en una tierra nebulosa, y a lo largo de las eras la gema ha llegado hasta nosotros; se trata de un signo de los Mak Morn, un símbolo de antigua grandeza. Cuando por fin el mar se alzó y engulló a Valusia, la Atlántida y Lemuria, sólo los pictos sobrevivieron, y eran pocos y dispersos. Pero empezaron de nuevo el lento ascenso, y aunque muchas de las anes de la civilización se perdieron en la gran inundación, lograron progresar. Se perdió el arte de trabajar el metal, así que sobresalieron trabajando el pedernal. Y dominaron todas las nuevas tribus levantadas por el mar y ahora llamadas Europa, hasta que bajando del norte llegaron tribus más jóvenes que apenas se habían distinguido del mono cuando Valusia reinaba en su gloria y que, morando en las tierras heladas alrededor del Polo, nada sabían del perdido

esplendor de los Siete Imperios y poco de la inundación que había barrido a medio mundo.

»Y han seguido llegando..., arios, celtas, germanos, surgiendo a enjambres de la gran curva de su raza, que se halla cerca del Polo. Y de nuevo el crecimiento de la nación picta fue detenido y la raza precipitada en el salvajismo. Borrada de la tierra, luchamos al borde del mundo con la espalda contra la pared. Aquí, en Caledonia, se halla el ultimo asiento de una raza poderosa en tiempos. Y cambiamos. Nuestro pueblo se ha mezclado con los salvajes de una edad anterior, a los que arrojamos al Norte cuando llegamos a las Islas, y ahora, excepto por sus jefes, como tú, Bran, un picto resulta extraño y de aborrecible aspecto.

—Cieno, cierto —dijo el rey con impaciencia—, pero ¿qué tiene eso que ver con...?

—Kull, rey de Valusia —dijo el brujo, impertérrito—, era un bárbaro en su era como tú lo eres en la tuya, aunque gobernó un potente imperio por el peso de su espada. Gonar, amigo de Brule, tu primer antepasado, lleva muerto un centenar de miles de años, tal como contamos el tiempo. Pero hablé con él hace apenas una hora.

—Hablaste con su fantasma...

—¿O él con el mío? ¿Retrocedí cien mil años, o los adelantó él? Si vino a mí del pasado, no soy yo quien habló con un muerto, sino él quien habló con alguien que no ha nacido. El pasado, el presente y el futuro son uno para el sabio. Hablé con Gonar mientras él estaba vivo; del mismo modo, yo estaba vivo. Nos encontramos en una tierra sin tiempo ni espacio, y me dijo muchas cosas.

La tierra se iluminaba con el nacimiento del alba. El brezo ondulaba y se inclinaba en largas hileras ante el viento del amanecer, como en adoración ante el sol naciente.

—La gema en tu corona es el imán que atrae a los eones ~-dijo Gonar—. El sol está saliendo... ¿Y quién sale del amanecer?

Cormac y el rey se sobresaltaron. El sol acababa de alzar s" rojo orbe sobre las colinas del este. Y bajo el resplandor, netamente recortado contra el borde dorado, apareció de pronto un hombre. No le habían visto llegar. Se ahaba colosal contra e1 nacimiento dorado del día; un dios gigantesco del alba de la creación. Al adelantarse hacia ellos, las huestes que se despejaron le vieron y lanzaron un repentino grito de asombro.

—¿Quién... o qué... es? —exclamó Bran.

—Vamos a saludarle, Bran —respondió el brujo—. Es el rey que Gonar ha enviado para salvar al pueblo de Brule.

2

Acabo de llegar a esas tierras desde la remota y penumbrosa Thule; desde un clima extraño y feroz que yace sublime, fuera del Espacio..., fuera del Tiempo.
Poe

El ejército guardó silencio mientras Bran, Cormac y Gonar se aproximaban al desconocido que se acercaba dando zancadas largas y silenciosas. Al aproximarse, la ilusión de talla monstruosa se desvaneció, pero vieron que era un hombre de gran estatura. Cormac le tomó primero por un normando, pero una segunda mirada le indicó que nunca antes había visto hombre tal. Su constitución era muy parecida a la de los vikingos, a la vez maciza y flexible..., como la de un tigre. Pero sus rasgos no eran como los suyos, y su cabellera abundante como la de un león y cortada rectamente era tan negra como la de Bran. Bajo unas cejas espesas brillaban ojos grises como el acero y fríos como el hielo. Su rostro de bronce, fuerte e inescrutable, estaba completamente afeitado, y la ancha frente delataba una gran inteligencia, al igual que la mandíbula firme y los labios delgados mostraban coraje y fuerza de voluntad. Pero más que nada era su pone, sus inconscientes maneras de león, lo que le marcaba como un rey natural, un gobernante de hombres.

Sandalias de curiosa hechura calzaban sus pies, y llevaba una fuerte cota de mallas extrañamente trabadas que le llegaba casi hasta las rodillas. Un ancho cinturón con una gran hebilla dorada ceñía su cintura, sosteniendo una espada larga y recta en una vaina de cuero. Una ancha y pesada banda de oro confinaba su cabellera.

Tal era el hombre que se detuvo ante el silencioso grupo. Parecía ligeramente sorprendido, ligeramente divenido. Hubo un destello de reconocimiento en sus ojos. Habló en un picto extraño y arcaico que Cormac apenas entendió. Su voz era profunda y resonante.

—¡A fe mía, Brule, que Gonar no me dijo que soñaría contigo!

Por primera vez en su vida Cormac vio al rey picto completamente cogido por sorpresa. Abrió la boca, pero no dijo nada. El extranjero continuó:

—¡Y llevando en una banda en la cabeza la gema que te di! Anoche la llevabas en el dedo, en un anillo.

—¿Anoche? —jadeó Bran.

—Anoche o hace cien mil años..., ¡todo es uno! —murmuró Gonar, disfrutando evidentemente de la situación.

—No soy Brule —dijo Bran—. ¿Estás loco para hablar así de un hombre muerto hace cien mil años? Era el primero de mi linaje.

El extranjero rió inesperadamente.

—¡Bien, ahora sé que estoy soñando! ¡Esta será toda una historia que contarle a Brule cuando me despierte por la mañana! Que fui al futuro y vi a hombres que proclamaban descender de Lanza Mortífera, que aún no está casado. No, ahora veo que no eres Brule, aunque tienes sus ojos y su pone. Pero él es más alto y ancho de hombros. Sin embargo, tienes su gema... Oh, bueno..., cualquier cosa puede suceder en un sueño, así que no discutiré contigo. Durante un rato he creído haber sido transportado a alguna otra tierra en mi sueño, y que en realidad me hallaba despierto en un país extraño, pues éste es el sueño más claro que he soñado jamás. ¿Quién eres?

—Soy Bran Mak Morn, rey de los pictos de Caledonia. Y este anciano es Gonar, un brujo del linaje de Gonar. Y este guerrero es Cormac na Connacht, un príncipe de la isla de Erín.

El extranjero sacudió lentamente su leonina cabeza.

—Esas palabras me suenan extrañas, excepto Gonar..., y ése no es Gonar, aunque también es viejo. ¿Qué tierra es ésta?

—Caledonia, o Alba, como la llaman los gaélicos.

—¿Y quiénes son esos guerreros achaparrados y simiescos que nos vigilan, boquiabiertos, desde lejos?

—Son los pictos sobre los que reino.

—¡Cuan extrañamente se distorsiona la gente en los sueños! —murmuró el extranjero—. ¿Y quiénes son esos de cabezas revueltas junto a los carros?

—Son britanos... cimnos del sur del Muro.

—¿Qué Muro?

—El Muro construido por Roma para mantener al pueblo del brezal fuera de Britania.
—¿Britania? —El tono era de curiosidad—. Nunca oí hablar de esa tierra... ¿Y qué es Roma?
—¿Qué? —exclamó Bran—. ¿Nunca has oído hablar de Roma, el imperio que gobierna el mundo?
—Ningún imperio gobierna el mundo —respondió el otro acremente—. El reino más poderoso de la tierra es aquel sobre el que reino.
—¿Y tú quién eres?
—¡Kull de la Atlántida, rey de Valusia!
Cormac sintió que un escalofrío le cosquilleaba la columna. Los fríos ojos grises no vacilaban..., pero aquello era increíble..., monstruoso..., antinatural.
—¡Valusia! —exclamó Bran—. ¡Pero si las olas del mar han rodado sobre los chapiteles de Valusia durante siglos incontables!
Kull rió a carcajadas.
—¡Qué loca pesadilla! Cuando Gonar puso sobre mí el encantamiento del suelo profundo la noche pasada... ¡o esta noche!, en la sala secreta del palacio interior, me dijo que soñaría cosas extrañas, pero esto es más fantástico de lo que pensaba. ¡Y lo más extraño de todo es que sé que estoy soñando!
Gonar se adelantó a las palabras de Bran.
—No discutas los actos de los dioses —murmuró el brujo—. Eres rey porque en el pasado has visto y aprovechado las oportunidades. Los dioses del primer Gonar te han enviado a este hombre. Déjame tratar con él.
Bran asintió, y mientras el ejército silencioso les contemplaba, mudo y asombrado, Gonar le habló al oído:
—Oh, gran rey, sueñas, pero ¿acaso toda la vida no es un sueño? ¿Cómo puedes saber si tu vida anterior no es sólo un sueño del que acabas de despenar? Nosotros, la gente de los sueños, tenemos nuestras guerras y nuestra paz, y ahora mismo una gran hueste se acerca desde el sur para destruir al pueblo de Brule. ¿Nos ayudarás?
Kull sonrió con jovialidad.
—¡Sí! He combatido en sueños, he matado y me han matado, y quedé asombrado al despenar de mis visiones. Y a veces, como ahora, mientras soñaba he sabido que estaba sonando. Mirad, me pellizco y lo siento, pero sé que sueño, pues otras veces he sentido el dolor de feroces heridas en sueños. Sí, gente de mi sueño, lucharé por vosotros contra la gente del sueño. ¿Dónde se hallan?
—Y para que disfrutes más del sueño —añadió sutilmente el brujo—, olvida que es un sueño y finge que por la magia del primer Gonar, y la cualidad de la gema que le diste a Brule, que ahora resplandece en la corona de Bran Mak Morn, has sido en verdad transportado hacia delante a otra era más salvaje donde el pueblo de Brule lucha por su vida contra un enemigo más fuerte.
Por un instante el hombre que se llamaba a sí mismo rey de Valusia pareció sobresaltarse; una extraña expresión de duda, casi de miedo, nubló sus ojos. Luego rió.
—¡Bien! Guíame, brujo.
Pero Bran intervino. Se había recobrado y estaba tranquilo. Si pensaba, como Cormac, que todo aquello era un fraude gigantesco dispuesto por Gonar, no lo demostraba en modo alguno.
—Rey Kull, ¿veis a esos hombres a lo lejos que se apoyan en sus largas lanzas mientras os contemplan?
—¿Los hombres altos de cabellos y barbas dorados?
—Sí... Nuestro éxito en la batalla venidera depende de ellos. Juran que se pasarán al enemigo si no les damos un rey para guiarles..., ya que el suyo ha muerto. ¿Les guiarás en el combate?
Los ojos de Kull brillaron apreciativamente.
—Son hombres semejantes a mis Asesinos Rojos, mi regimiento escogido. Les guiaré.
—Ven entonces.

El pequeño grupo se abrió paso por la ladera, por entre los grupos de guerreros que se empujaban impacientemente para ver mejor al extranjero y retrocedían luego al acercarse éste. Una corriente subterránea de tensos murmullos corría por la horda.

Los normandos se mantenían apañe en un grupo compacto. Sus fríos ojos se clavaron en Kull y él les devolvió la mirada, apreciaron cada detalle de su aspecto.

—Wulfhere —dijo Bran—, te hemos traído un rey. Te recuerdo tu juramento.

—Deja que hable con nosotros —dijo el vikingo con aspereza.

—No puede hablar vuestra lengua —respondió Bran, sabiendo que los normandos lo ignoraban codo sobre las leyes de su raza—. Es un gran rey del sur...

—Viene del pasado —le interrumpió el brujo, lleno de calma—. Tiempo ha, fue el mayor de todos los reyes...

—¡Un muerto!

Los vikingos se movieron inquietos, y el resto de la horda se tensó, bebiendo cada palabra. Pero Wulfhere frunció el ceño.

—¿Acaso un fantasma puede guiar a los vivos? —dijo—. Nos traes a un hombre que dices que está muerto. No seguiremos a un cadáver.

—Wulfhere —dijo Bran con tranquila pasión—, eres un mentiroso y un traidor. Nos pusiste esta tarea, creyéndola imposible. Estás ansioso por luchar bajo las Aguilas de Roma. ¡Te hemos traído un rey que no es picto, gaélico ni brirano, y niegas tu juramento!

—¡Entonces deja que luche conmigo! —aulló Wulfhere con ira incontrolable, haciendo girar su hacha sobre su cabeza en un arco centelleante—. Si tu muerto me vence..., entonces mi gente te seguirá. Si yo le venzo, ¡Nos dejarás ir en paz al campamento de los legionarios!

—¡Bien! —dijo el brujo—. ¿Estáis de acuerdo, lobos del Norte?

La respuesta fue un griterío salvaje y un blandir de espadas. Bran se volvió hacia Kull, que había permanecido en silencio, sin entender nada de lo que se decía. Pero los ojos del atlante resplandecían. Cormac sintió que aquellos fríos ojos habían visto demasiadas escenas parecidas como para no entender algo de lo que había sucedido.

—Este guerrero dice que debes luchar con él por el liderazgo —dijo Bran.

Kull, cuyos ojos brillaban con la creciente alegría del combate, asintió:

—Lo había supuesto. ¡Hacednos sitio!

—¡Un escudo y un casco! —gritó Bran, pero Kull negó con la cabeza.

—No los necesito —gruñó—. ¡Retroceded y hacednos sitio para cruzar nuestros aceros!

Los hombres retrocedieron a ambos lados, formando un sólido anillo alrededor de los dos hombres, que se acercaron cautamente el uno hacia el otro. Kull había desenvainado su espada, y la gran hoja temblaba en su mano como un ser vivo. Wulfhere, cubierto de cicatrices producto de cien combates salvajes, arrojó su manto de piel de lobo a un lado y se aproximó precavidamente, los fieros ojos atisbando sobre la punta de su escudo extendido, el hacha medio levantada en la diestra.

De pronto, cuando los guerreros aún estaban a varios metros de distancia, Kull saltó. Su ataque arrancó un jadeo a hombres acostumbrados a contemplar proezas pues, como un tigre que salta, cruzó el aire y su espada se estrelló en el escudo rápidamente levantado. Saltaron chispas y el hacha de Wulfhere golpeó, pero Kull se hallaba por debajo de su radio de acción, y mientras silbaba malignamente sobre su cabeza, el atlante golpeó hacia arriba y se alejó nuevamente de un salto, como un gato. Sus movimientos habían sido demasiado rápidos para que los siguiera el ojo. El filo superior del escudo de Wulfhere mostraba un profundo tajo, y había un largo desgarrón en su cota de malla, allí donde la espada de Kull había fallado por poco la carne que se hallaba debajo.

Cormac, temblando con la terrible excitación del combare, se interrogó sobre aquella espada que podía cortar de tal modo la cota de malla. Y el golpe que hería el escudo hubiera debido quebrar la hoja en pedazos. ¡Pero el acero valusio no mostraba ni una melladura! Con seguridad, la hoja había sido forjada por otra gente en otra era...

Los dos gigantes saltaron de nuevo al ataque y, como dos rayos, sus armas entrechocaron. El escudo de Wulfhere cayó de su brazo en dos trozos al partirlo limpiamente la espada del atlante, y Kull se tambaleó cuando el hacha del normando, impulsada con toda la fuerza de su corpachón, descendió sobre la banda de oro que le ceñía la cabeza. El golpe hubiera debido penetrar el oro como mantequilla y partir el cráneo que estaba debajo, pero el hacha rebotó, mostrando una gran melladura en el filo. Al instante siguiente el normando fue avasallado por un torbellino de acero..., una tempestad de golpes propinados con tal celeridad y fuerza que le echaron hacia atrás como si se hallara en la cresta de una ola, incapaz de lanzar su propio ataque. Con toda su probada destreza intentó parar el acero que silbaba con su hacha. Pero sólo pudo retrasar su destino unos pocos segundos; sólo por un instante pudo desviar la hoja que hacía pedazos su cota, tan cerca caían los golpes. Uno de los cuernos voló de su casco, luego cayó la misma cabeza del hacha, y el mismo golpe que cono el mango mordió a través del casco del vikingo el cuero cabelludo situado bajo él. Wulfhere cayó de rodillas; un hilillo de sangre le surcaba el rostro.

Kull detuvo su segundo golpe y, arrojando su espada a Cormac, se enfrentó sin armas al aturdido normando. Los ojos del atlante llameaban con una alegría feroz, y rugió algo en una lengua extraña. Wulfhere se incorporó de un salto, gruñendo como un lobo, un puñal destellando en su mano. La horda de espectadores lanzó un grito que desgarró los cielos cuando los dos cuerpos entrechocaron. La mano de Kull erró la muñeca del normando, pero la daga blandida desesperadamente por éste se partió en la cota del atlante; arrojando la inútil empuñadura, Wulfhere cerró los brazos alrededor de su enemigo en un abrazo de oso que habría aplastado las costillas de un hombre más débil. Kull sonrió como un tigre y devolvió el apretón, y por un instante los dos oscilaron sobre sus pies. Lentamente, el guerrero de negra cabellera empujó hacia atrás a su enemigo hasta que su columna pareció que iba a quebrarse. Con un aullido en el que no había nada de humano, Wulfhere arañó frenéticamente el rostro de Kull, intentando arrancarle los ojos, y luego giró la cabeza y clavó unos dientes como colmillos en el brazo del atlante. Hubo un griterío al empezar a brotar la sangre.

—¡Sangra! ¡Sangra! ¡No es un espectro, después de todo, sino un hombre mortal!

Irritado, Kull cambió su presa, alejando al babeante Wulfhere, y le dio un terrorífico golpe con la diestra bajo la oreja. El vikingo aterrizó de espaldas a más de tres metros de distancia. Después, aullando como un loco, se levantó de un salto con una piedra en la mano y la arrojó. Sólo la increíble celeridad de Kull salvó su rostro; aun así, el áspero filo del proyectil le desgarró la mejilla y le inflamó como un loco. Con un rugido de león saltó sobre su enemigo, envolviéndole en un estallido irresistible de pura furia; le hizo girar por encima de su cabeza como si fuera un niño y le arrojó de nuevo a tres metros de distancia. Wulfhere cayó de cabeza y quedó inmóvil..., destrozado y muerto.

Por un instante reinó un silencio estupefacto; luego, de los gaélicos se alzó un rugido atronador, y los britanos y los picto se unieron a él, aullando como lobos, hasta que los ecos de los gritos y el estruendo de las espadas sobre los escudos llegaron a los oídos de los legionarios en marcha, millas al sur.

—Hombres del gris Norte —gritó Bran—, ¿mantendréis ahora vuestro juramento?

Las feroces almas de los normandos asomaron a sus ojos cuando su portavoz respondió. Primitivos, supersticiosos, criados en la sabiduría tribal de dioses guerreros y héroes míticos, no dudaban de que el combatiente de negra cabellera era algún ser sobrenatural enviado por los fieros dioses de la batalla.

—¡Sí! ¡Nunca hemos visto un hombre tal! ¡Muerto, espectro o diablo, le seguiremos, ya lleve el camino a Roma o al Valhalla!

Kull entendió el significado, aunque no las palabras. Recobrando su espada de manos de Cormac con una palabra de agradecimiento, se volvió hacia los normandos, que esperaban, y silenciosamente sostuvo en alto la hoja hacia ellos, en ambas manos, antes de volverla a su vaina. Apreciaron la acción sin entenderla. Manchado de sangre, la cabellera revuelta, era una impresionante figura de barbarie, majestuosa y principesca.

—Ven —dijo Bran, tocando el brazo del atlante—; un ejército se dirige hacia nosotros y queda mucho por hacer. Hay poco tiempo para disponer nuestras fuerzas antes de que caigan sobre nosotros. Ven a la cima de esa elevación.

El picto señaló hacia ella. Contemplaron un valle que corría de norte a sur, ensanchándose desde una estrecha garganta hacia el norte hasta desembocar en una llanura al sur. Todo el valle tendría menos de un kilómetro y medio de longitud.

—Nuestros enemigos ascenderán por este valle —dijo el picto—, pues llevan carros cargados de suministros y a los lados del valle el terreno es demasiado abrupto para tal viaje. Aquí planeamos tenderles una emboscada.

—Creía que tendrías a tus hombres apostados desde hace mucho tiempo —dijo Kull—. ¿Qué hay de los exploradores que el enemigo enviará con toda seguridad?

—Los salvajes que dirijo jamás habrían aguardado tanto tiempo emboscados —dijo Bran con cierta amargura—. No podía apostarles hasta que estuviera seguro de los normandos. Incluso así no me habría atrevido a apostarles aún...; podrían asustarse del paso de una nube o de una hoja que cae, y dispersarse como pájaros ante un viento frío. Rey Kull..., el destino de la nación picta está en juego. Me llaman rey de los pictos, Pero mi reino todavía no es más que una burla hueca. Las colinas están llenas de clanes salvajes que rehúsan combatir por mí. De los mil arqueros que se hallan ahora bajo mi mando, más de la mitad son de mi propio clan.

»Unos mil ochocientos romanos marchan contra nosotros. No es una auténtica invasión, pero depende mucho de ella. Es el principio de un intento para extender sus fronteras. Planean construir una fortaleza a un día de marcha al norte de este valle. Si lo hacen, construirán otros fuertes, trazando bandas de acero alrededor del corazón del pueblo libre. Si venzo en esta batalla y barro a ese ejército, habré ganado una doble victoria. Entonces las tribus acudirán a mí y la siguiente invasión hallará un sólido muro de resistencia. Si pierdo, los clanes se dispersarán, huyendo hacia el norte hasta que no puedan huir más, luchando como clanes separados más que como una nación fuerte.

»Tengo un millar de arqueros, quinientos jinetes, cincuenta carros con sus conductores y guerreros... En total mil quinientos hombres... y, gracias a ti, trescientos piratas del norte fuertemente armados. ¿Cómo dispondrías tus líneas de batalla?

—Bien —dijo Kull—, habría puesto barricadas en el extremo norte del valle... ¡No! Eso sugeriría una trampa... Lo que haría es bloquearlo con un grupo de hombres desesperados, como esos que me has dado para conducir. Trescientos hombres podrían sostener la garganta durante un tiempo contra cualquier número de enemigos. Entonces, cuando el enemigo estuviera luchando con esos hombres en la parte estrecha del valle, haría que mis arqueros disparasen sobre ellos hasta romper sus líneas, desde ambos lados del valle. Después, manteniendo ocultos a mis jinetes detrás del otro extremo, cargaría con ambos simultáneamente y convertiría al enemigo en una roja ruina.

Los ojos de Bran brillaron.

—Exactamente, rey de Valusia. Tal era mi plan exacto...

—Pero ¿qué hay de los exploradores?

—Mis guerreros son como panteras; se ocultan bajo la nariz de los romanos. Los que cabalguen por el valle verán sólo lo que nosotros queramos. Los que cabalguen sobre el risco no volverán para informar. Una flecha es veloz y silenciosa.

»Como ves, todo descansa en los hombres que sostienen la garganta. Han de ser hombres que puedan luchar a pie y resistir las cargas de los pesados legionarios lo bastante para que la trampa se cierre. Aparte de esos normandos no tengo una fuerza tal de hombres. Mis guerreros desnudos con sus espadas cortas nunca podrían aguantar una carga así, ni por un instante. Tampoco la armadura de los celtas ha sido hecha para tal trabajo; es más, no son luchadores a pie, y les necesito en otro lugar.

»Así que ya ves por qué necesitaba tan desesperadamente a los normandos. Ahora bien, ¿estarás con ellos en la garganta y rechazarás a los romanos hasta que yo pueda hacer saltar la trampa? Recuerda, la mayoría de vosotros morirá.
Kull sonrió.
—He corrido riesgos toda mi vida, aunque Tu, el consejero jefe, diría que mi vida pertenece a Valusia y que no tengo derecho a arriesgarla así... —Su voz se quebró, y una expresión extraña destelló en su rostro—. ¡Por Valka! —dijo, riendo inseguro—, a veces olvido que esto es un sueño... Todo parece tan real... Pero lo es..., ¡claro que lo es! Bien, si muero, entonces me despenaré como he hecho en el pasado. ¡Adelante, rey de Caledonia!
Cormac, volviendo hacia sus guerreros, se interrogaba. Por supuesto que todo debía de ser un fraude; pero... oía a su alrededor las discusiones de los guerreros mientras se armaban y se preparaban para ocupar sus puestos. El rey de cabello negro era el propio Neid, el dios de la guerra celta; era un rey antediluviano traído del pasado por Gonar; era un guerrero mítico surgido del Valhalla. ¡No era un hombre sino un espectro! No, era mortal, pues había sangrado. Pero los propios dioses sangraban, aunque no morían. Así se acaloraban las disputas. Al menos, pensó Cormac, si todo era un engaño para inspirar a los guerreros con la sensación de ayuda sobrenatural, había triunfado. La creencia de que Kull era más que un mortal había inflamado por igual al celta, el picto y el vikingo con una especie de locura inspirada. Y Cormac se preguntó a sí mismo: ¿en qué creía él? Con seguridad el hombre venía de una tierra lejana..., Pero en cada aspecto y acción suyos había la vaga sugerencia de una diferencia mayor que la mera distancia espacial..., un atisbo de un Tiempo distinto, de abismos neblinosos y gigantescas sunas de eones que yacían entre el extranjero de negra cabellera y los hombres con los que había andado y conversado. Nubes de desconcierto colmaban el cerebro de Cormac, y acabó estallando en una carcajada, mofándose de sí mismo.

3

Y los dos pueblos salvajes del norte
se enfrentaron al anochecer,
y oyeron y supieron, cada cual en su mente,
que un tercer clamor llegaba con el viento,
los muros vivientes que dividen a la humanidad,
los muros en marcha de Roma.
Chesterton

El sol se inclinaba hacia el oeste. El silencio yacía como una niebla invisible sobre el valle. Cormac retuvo las riendas con la mano y contempló los riscos a ambos lados. El ondulante brezal que se hacía escaso en las abruptas laderas no daba señal alguna de los cientos de guerreros salvajes que acechaban en él. Allí, en la estrecha garganta que se ensanchaba gradualmente hacia el sur, se hallaba el único signo de vida. Entre los empinados muros, trescientos normandos formaban sólidamente su pared de escudos en forma de cuña, bloqueando el paso. En la punta, como una lanza, se alzaba el hombre que se hacía llamar Kull, rey de Valusia. No llevaba casco, sólo la ancha banda de oro, duro y extrañamente labrado, ciñendo su cabeza, pero portaba en su brazo izquierdo el gran escudo que había llevado el muerto Rognar; y en su diestra sostenía la pesada maza de hierro blandida por el rey del mar. Los vikingos le contemplaban con maravilla y salvaje admiración. No podían entender su lengua, ni él la suya. Pero ya no se precisaban más órdenes. Dirigidos por Bran, se habían amontonado en la garganta, y su única orden era... ¡cerrar el paso!
Bran Mak Morn se hallaba ante Kull, uno con su reino aún por nacer, otro con su reino perdido entre las nieblas del Tiempo por eras inimaginables. Reyes de la oscuridad, pensó Cormac, reyes sin nombre de la noche, cuyos reinos son abismos y sombras.
El rey picto tendió la mano.

—Rey Kull, eres más que un rey..., eres un hombre. Puede que los dos caigamos en la hora siguiente..., pero si vivimos, pídeme lo que desees.
Kull sonrió, devolviendo el firme apretón.
—También tú eres un hombre para mi corazón, rey de las sombras. Con toda seguridad, eres más que una invención de mi imaginación dormida. Puede que algún día nos encontremos despiertos.
Bran sacudió la cabeza, asombrado, saltó a la silla y se alejó galopando, subiendo la ladera este y desvaneciéndose sobre el risco. Cormac vaciló:
—Hombre extraño —dijo—, ¿eres en verdad de carne y sangre, o eres un espectro?
—Cuando soñamos, todos somos de carne y sangre... mientras estemos soñando —respondió Kull—. Esta es la pesadilla más extraña que jamás haya tenido..., pero tú, que pronto te desvanecerás en la pura nada cuando despierte, me pareces tan real ahora como Brule, o Kananu, o Tu, o Keikor.
Cormac sacudió la cabeza como lo había hecho Bran y, con un último saludo, que Kull devolvió con bárbara majestad, volvió grupas y se alejó al trote. Se detuvo en la cima del risco occidental. Lejos, al sur, se alzaba una ligera nube de polvo y se divisaba la cabeza de la columna en marcha. Creía ya poder oír como la tierra vibraba ligeramente bajo el paso acompasado de mil pies acorazados moviéndose perfectamente al unísono. Desmontó y uno de sus jefes, Domnail, tomó su caballo y lo llevó por la cuesta lejos del valle, donde los árboles crecían espesos. Sólo algún movimiento ocasional entre ellos evidenciaba a los quinientos hombres que aguardaban allí, cada uno junto a su caballo, con la mano preparada para silenciar algún relincho.
«Los propios dioses crearon este valle para la emboscada de Bran», pensó Cormac. El suelo del valle carecía de árboles, y las laderas interiores estaban desnudas salvo por el brezo que llegaba hasta la cintura. Pero al pie de cada risco, en el lado que se alejaba del valle, allí donde la tierra largamente erosionada de las laderas rocosas se había acumulado, crecían árboles suficientes como para ocultar a quinientos jinetes o cincuenta carros.
Al extremo norte del valle permanecían Kull y sus trescientos vikingos, al descubierto, flanqueados a cada lado por cincuenta arqueros pictos. Escondidos en el lado oeste del risco occidental estaban los gaélicos. A lo largo de la cima de las laderas, ocultos en el alto brezal, yacía un centenar de Fictos con flechas dispuestas en la cuerda de sus arcos. El resto de los pictos se escondía en las laderas del este, más allá de donde estaban los britanos con sus carros bien preparados. Ni ellos ni los gaélicos al oeste podían ver lo que sucedía en el valle, pero se habían dispuesto señales.
Ahora la larga columna estaba entrando por la ancha boca del valle, y sus exploradores, hombres ligeramente armados sobre caballos veloces, se extendían por las laderas. Galoparon casi a tiro de flecha de la hueste silenciosa que bloqueaba el paso y se detuvieron. Algunos volvieron grupas y corrieron hacia la fuerza principal, en tanto que los demás se desplegaban y ascendían por las laderas, buscando ver lo que se hallaba más allá. Aquél era el momento crucial. Si percibían cualquier señal de la emboscada, todo estaba perdido. Cormac, encogiéndose entre los brezos, se maravillaba ante la habilidad de los pictos para borrarse a sí mismos de la vista tan completamente. Vio a un jinete pasar a un metro de donde él sabía que yacía un arquero, pero el romano no vio nada.
Los exploradores coronaron los riscos y miraron a su alrededor; luego la mayoría de ellos dieron la vuelta y descendieron al trote las laderas. Cormac se maravilló ante su descuidada forma de explorar. Nunca había luchado con los romanos antes, nada sabía de su arrogante autoconfianza, de su increíble astucia en ciertas cosas, su estupidez increíble en otras. Aquellos hombres eran demasiado confiados; una sensación que emanaba de sus oficiales. Habían pasado años desde que una fuerza de caledonios resistiera a las legiones. Y la mayoría de aquellos hombres acababan de llegar a Britania; pane de una legión que había estado acuartelada en Egipto. Despreciaban a sus enemigos y no sospechaban nada.
Pero... ¡alto!, tres jinetes en el risco opuesto habían dado la vuelta y se habían desvanecido en el otro lado. Y ahora uno, deteniendo su corcel en la cresta del risco occidental, a menos de cien

metros de donde se hallaba Cormac, observó larga y atentamente la masa de árboles al pie de la ladera. Cormac vio la sospecha crecer en el moreno rostro de halcón del romano. Se volvió a medias como para llamar a sus cantaradas, y luego, en vez de eso, condujo a su caballo por la ladera, inclinándose hacia delante en la silla. El corazón de Cormac retumbaba. A cada momento esperaba ver al hombre volver grupas y galopar para dar la alerta. Resistió el loco impulso de alzarse de un salto y cargar a pie sobre el romano. Seguramente el hombre podía captar la tensión en el aire..., los centenares de fieros ojos clavados en él. Ahora se hallaba a mitad de la cuesta, fuera de la vista de los hombres del valle. Y el chasquido de un arco invisible rompió la tensa inmovilidad. Con un jadeo ahogado el romano alzó las manos y, mientras el corcel se encabritaba, cayó de cabeza, fulminado por una larga flecha negra que había surgido relampagueante del brezal. Un fornido enano saltó de la nada, aparentemente, y aferró la rienda, tranquilizando al caballo, que piafaba, y conduciéndolo por la ladera hacia abajo. Ante la caída del romano, hombres bajos y nudosos se alzaron como una repentina bandada de pájaros y Cormac vio el destello de un cuchillo. Luego, con una prontitud irreal, todo se calmó. Los asesinos y el muerto eran invisibles, y sólo la tranquila ondulación del brezal indicaba la sangrienta hazaña.

El gaélico volvió a mirar hacia el valle. Los tres que habían cabalgado por el risco este no habían regresado, y Cormac supo que nunca lo harían. Evidentemente, los demás exploradores habían llevado la nueva de que sólo un pequeño grupo de guerreros estaba listo para disputar el paso a los legionarios. Ahora la cabeza de la columna se hallaba casi bajo él, y sintió excitación al ver a aquellos hombres condenados, desfilando con su soberbia arrogancia. La visión de su espléndida armadura, sus rostros de halcón y su disciplina perfecta le impresionó cuanto un gaélico es capaz de impresionarse.

¡Mil doscientos hombres con pesada armadura que marchaban como uno, de tal modo que el suelo temblaba bajo su paso! La mayoría de ellos eran de talla mediana, con pechos y hombros poderosos y rostros de bronce..., endurecidos veteranos de un centenar de campañas. Cormac vio sus jabalinas, sus espadas cortas y aguzadas, sus pesados escudos; su brillante armadura y casco empenachado, las águilas en los estandartes. ¡Aquéllos eran los hombres bajo cuyo paso el mundo había temblado y se habían derrumbado los imperios! No todos eran latinos; había entre ellos britanos romanizados, y una centuria se componía de enormes hombres de cabellera amarilla..., galos y germanos, que luchaban por Roma tan ferozmente como los nacidos en ella, y odiaban con mayor fiereza a sus parientes salvajes.

A cada lado había un enjambre de caballería, batidores, y la columna iba flanqueada por arqueros y honderos. Carros traqueteantes conducían los suministros del ejército. Cormac vio al comandante cabalgando en su puesto..., un hombre alto, de rostro delgado e imperioso, lo que resultaba evidente incluso a esa distancia. Marcus Sulius... El gaélico conocía su reputación.

Un ronco rugido se alzó de los legionarios al aproximarse a sus enemigos. Evidentemente, pretendían abrirse paso a través de ellos y seguir sin pausa alguna, pues la columna se movió implacablemente hacia delante. A quien los dioses destruyen primero le vuelven loco... Cormac jamás había oído esa frase, pero se le ocurrió que el gran Sulius era un estúpido. ¡Arrogancia romana! Marcus estaba acostumbrado a ser el azote de los encogidos pueblos de un Este decadente; poco suponía el hierro que había en aquellas razas occidentales.

Un grupo de caballería se desgajó del grueso y se lanzó hacia la boca de la garganta, pero era sólo un gesto. Con largos gritos de burla volvieron grupas a tres tiros de lanza y arrojaron sus jabalinas, que chasquearon inofensivas en los escudos superiores de los silenciosos normandos. Pero su líder se arriesgó demasiado; al girar, se alzó de la silla y embistió al rostro de Kull. El gran escudo desvió la lanza, y Kull devolvió el golpe como una serpiente; la pesada maza aplastó cabeza y casco como una cáscara de huevo, y el mismo corcel cayó de rodillas ante la sacudida de aquel golpe terrible. Un corto y feroz rugido se alzó de los normandos, y los pictos a su lado aullaron exultantes y lanzaron sus flechas entre los jinetes que se retiraban. ¡Primera sangre para el pueblo del brezo! Los romanos que se acercaban gritaron vengativamente y apretaron el paso mientras el

caballo aterrorizado les rebasaba al galope, con la horrible parodia de un hombre, el pie atrapado en el estribo, arrastrándose bajo los cascos retumbantes.
La primera línea de legionarios, comprimida a causa de la estrechez de la garganta, se estrelló contra el sólido muro de escudos..., se estrelló y retrocedió. El muro de escudos no se había movido ni una pulgada. Aquélla era la primera vez que las legiones romanas topaban con esa formación indestructible..., la más vieja de todas las líneas de batalla arias..., la antepasada del regimiento espartano, la falange tebana, la formación macedonia, el cuadro inglés.
El escudo chocó contra el escudo y la corta espada romana buscó una brecha en el muro de hierro. Las lanzas vikingas, erizándose en sólidas filas por encima, golpearon y se enrojecieron; pesadas hachas cayeron, atravesando hierro, carne y hueso. Cormac vio a Kull, alzándose sobre los fornidos romanos en primera línea del combate, repartiendo golpes veloces como rayos. Un robusto centurión se lanzó hacia delante, sosteniendo en alto su escudo, golpeando hacia arriba. La maza de hierro se estrelló de un modo terrible, quebrando la espada, haciendo pedazos el escudo, partiendo el casco y aplastando el cráneo bajo él..., todo de un solo golpe.
La línea frontal de los romanos se curvó como una barra de hierro alrededor de la cuña, mientras los legionarios intentaban abrirse paso luchando a través de la garganta a cada lado y rodear a sus oponentes. Pero el paso era demasiado estrecho; agazapándose junto a las abruptas laderas, los pictos lanzaban sus negras flechas como una granizada de muerte. A tal distancia las pesadas saetas penetraban escudo y coraza, fulminando a los hombres recubiertos de hierro. La línea frontal de la batalla retrocedió, roja y destrozada, y los normandos pisotearon a sus propios escasos muertos para cerrar las brechas que había dejado su caída. Ante ellos yacía una delgada línea de cuerpos destrozados..., la roja espuma de la marea que se había roto sobre ellos en vano.
Cormac se había puesto en pie de un salto, agitando los brazos. Domnail y sus hombres abandonaron su refugio ante la señal y se acercaron al galope por la ladera, contorneando el risco. Cormac montó el caballo que le traían y miró con impaciencia a través del estrecho valle. No aparecía señal alguna de vida en el risco este. ¿Dónde estaba Bran... y los britanos?
Abajo, en el valle, las legiones, irritadas ante la inesperada oposición de la escasa fuerza que se hallaba ante ellas, pero sin sospechar nada, estaban reuniéndose en una formación más compacta. Los carros que se habían detenido se habían vuelto a poner en marcha, y la columna entera se hallaba una vez más en movimiento, como si pretendiera abrirse paso sólo con su masa. Con la centuria gala en primera línea, los legionarios avanzaban de nuevo al ataque. Esta vez, con toda la fuerza de mil doscientos hombres detrás, la carga rompería como un *ariete* la resistencia de los guerreros de Kull; les pisotearía, barriendo sus rojos despojos. Los hombres de Cormac temblaban de impaciencia. De pronto Marcus Sulius se dio la vuelta y miró hacia el oeste, donde la línea de jinetes se recortaba contra el cielo. Incluso a esa distancia, Cormac vio palidecer su rostro. Por fin el romano comprendía el metal de los hombres a los que se enfrentaba, y que se había metido en una trampa. con seguridad en ese momento una imagen caótica relampagueó en su mente..., derrota..., desgracia..., ¡roja ruina!
Era demasiado tarde para retirarse..., demasiado tarde para formar un cuadro defensivo con los carros como barricada. No había sino un modo posible de escapar, y Marcus, hábil general pese a su reciente error, lo escogió. Cormac oyó su voz cortando el tumulto como un clarín, y aunque no entendió sus palabras, sabía que el romano les gritaba a sus hombres que aplastaran como el rayo a aquel amasijo de normandos... ¡para abrirse paso a través de él a estocadas y salir de la trampa antes de que pudiera cerrarse!
Los legionarios, conscientes de su situación desesperada, se lanzaron de cabeza sobre sus enemigos. El muro de escudos se tambaleó, pero no cedió ni un milímetro. Los rostros feroces de los galos y las endurecidas caras morenas de los itálicos contemplaban por encima de los escudos trabados los llameantes ojos del Norte. Con los escudos tocándose, golpearon, mataron y murieron en una roja tormenta de carnicería, en la que hachas carmesíes se alzaban y caían y lanzas goteantes se rompían en espadas melladas.

En el nombre de Dios, ¿dónde estaba Bran con sus carros? Unos cuantos minutos más significarían la muerte de cada uno de los hombres que sostenían el paso. Caían ya con rapidez, aunque habían estrechado más sus filas y resistían como el hierro. Aquellos salvajes hombres del None morían en sus puestos; y alzándose sobre sus doradas cabezas, la negra melena de león de Kull brillaba como un símbolo de matanza, y su maza enrojecida derramaba una lluvia espantosa mientras salpicaba sesos y sangre como agua.

Algo se quebró en el cerebro de Cormac.

—¡Esos hombres morirán mientras esperamos la señal de Bran! —gritó—. ¡Adelante! ¡Seguidme al Infierno, hijos *de* Gael!

Un rugido salvaje le respondió, y a rienda suelta se lanzó por la cuesta con quinientos jinetes aullantes precipitándose detrás de él. Y en ese mismo instante una tormenta de flechas barrió el valle desde cada lado como una oscura nube, y e! terrible clamor de los pictos partió los cielos. Y sobre el risco este, como un repentino estallido de truenos en el Día del Juicio, surgieron los carros de guerra. Bajaron rugiendo por la ladera; la espuma volaba de los belfos distendidos de los caballos, y sus cascos frenéticos parecían apenas tocar el suelo, reduciendo a la nada los altos brezales. En el primer carro, con los oscuros ojos ardiendo, se agazapaba Bran Mak Morn, y en codos ellos los britanos desnudos gritaban y azotaban a los caballos como poseídos por los demonios. Tras los carros venían los pictos, aullando como lobos y lanzando sus flechas mientras corrían. El brezo los escupía de todos lados en una oscura ola.

Eso fue lo que vio Cormac en sus caóticas miradas durante la salvaje cabalgada por las laderas. Una ola de caballería se derramó entre él y la línea principal de la columna. Precediendo a sus hombres en tres cuerpos de caballo, el príncipe gaélico se enfrentó a las lanzas de los jinetes romanos. La primera lanza se desvió en su escudo, y alzándose sobre los estribos, él golpeó hacia abajo, partiendo a un hombre de la espalda al esternón. El siguiente romano arrojó una jabalina que mató a Domnail, pero en ese instante el corcel de Cormac chocó con el suyo, pecho contra pecho, y el caballo más ligero cayó de bruces por el impacto, arrojando a su jinete bajo sus cascos.

Después, todo el ímpetu de la carga gaélica barrió a la caballería romana, destrozándola, convirtiéndola en despojos, desbaratándola. Sobre sus rojos restos los aullantes demonios de Cormac golpearon a la pesada infantería romana, y toda la línea tembló bajo el impacto. Espadas y hachas subieron y bajaron centelleando, y la fuerza de su acometida les hizo adentrarse en las filas compactas. Allí, detenidos, lucharon y forcejearon. Las jabalinas herían, las espadas subían relampagueando, abatiendo a caballo y jinete. Grandemente superados en numero, acosados de cada costado, los gaélicos habrían perecido entre sus enemigos, pero en ese instante los carros retumbantes se abatieron desde el otro lado sobre las filas romanas. Golpearon casi simultáneamente en una larga hilera, V en el momento del impacto los conductores desviaron a sus caballos de lado y corrieron paralelamente a las filas, segando a los hombres como si fueran trigo. Murieron centenares bajo aquellas cuchillas curvadas, y saltando de los carros, gritando corno gatos monteses enloquecidos por la sangre, los guerreros britanos se arrojaron sobre las lanzas de los legionarios, dando tajos locamente con sus espadas manejadas a dos manos. Agazapados, los pictos lanzaron sus flechas a bocajarro y luego saltaron para unirse al degüello. Enloquecidos por la visión de la victoria, aquellos pueblos salvajes eran como tigres heridos que no sienten las heridas, y morían de pie con su último aliento convenido en un rugido de furia.

Pero la batalla aún no había terminado. Aturdidos, deshechos, rota su formación y casi la mitad de los suyos caídos ya, los romanos peleaban con furia desesperada. Cercados por todas partes, luchaban aisladamente o en pequeños grupos, espalda contra espalda, arqueros, honderos, jinetes y pesados legionarios mezclados en una masa caótica. La confusión era completa, pero no la victoria. Los que se hallaban atascados en la garganta se lanzaron sobre las rojas hachas que les bloqueaban el camino, mientras la compacta y cerrada batalla retumbaba a sus espaldas. Por una parte estaban los enfurecidos gaélicos de Cormac; por la otra los carros que barrían una y otra vez, retirándose y regresando como torbellinos de hierro. No había retirada, pues los pictos habían tendido un cordón

a través del camino por el que habían venido, y habiendo cortado los cuellos de los seguidores del campamento y tras apoderarse de los carros, lanzaban sus saetas en una tormenta de muerte sobre la retaguardia de la columna desbaratada. Aquellas largas y negras flechas penetraban armadura y hueso, ensartando a los hombres de dos en dos. Pero no toda la carnicería estaba en un bando. Los pictos morían bajo el golpe relampagueante de la jabalina y la corta espada, los gaélicos atrapados bajo sus caballos al caer, eran despedazados, y los carros, sin sus caballos, eran inundados con la sangre de sus conductores.

Y en el extremo estrecho del valle la batalla proseguía. Por todos los dioses, pensó Cormac, mirando entre los golpes que parecían centellas, ¿acaso aquellos hombres seguían sosteniendo la garganta? ¡Sí! ¡La sostenían! Una décima parte de su número original, muriendo de pie, seguían aguantando las cargas frenéticas de los legionarios, que disminuían en número.

Por todo el campo se alzaba el rugido y el estruendo de las armas, y las aves de presa, surgiendo del crepúsculo en su vuelo veloz, describían círculos en lo alto. Cormac, luchando por alcanzar a Marcus Sulius a través del tumulto, vio al caballo del romano hundirse bajo él, y al jinete alzarse solitario entre un mar de enemigos. Vio destellar tres veces la espada romana, sembrando la muerte a cada golpe, y después, surgiendo de lo más revuelto de la contienda, apareció una figura terrible. Era Bran Mak Morn, manchado de pies a cabeza. Arrojó su espada rota mientras corría, sacando un puñal. El romano golpeó, pero el rey picto esquivó el golpe y, aferrando la muñeca que sostenía la espada, hundió el puñal una y otra vez a través de la brillante armadura.

Un potente rugido se alzó ante la muerte de Marcus, y Cormac, con un grito, reagrupó a su alrededor a los restos de su fuerza y, picando espuelas, atravesó las líneas que se derrumbaban y cabalgó a toda velocidad hacia el otro extremo del valle.

Pero cuando se acercaba vio que llegaba demasiado tarde. Como habían vivido, así habían muerto aquellos feroces lobos del mar, con sus rostros frente al enemigo y sus rotas armas enrojecidas en las manos. Yacían en un grupo terrible y silencioso, preservando incluso en la muerte algo de la formación del muro de escudos. Entre ellos, y también delante y a su alrededor, se amontonaban los cuerpos de aquellos que en vano habían intentado romper sus filas. ¡Los normandos no habían retrocedido ni un paso! Habían muerto en sus puestos, hasta el último hombre. Nadie quedaba tampoco para pisotear sus mutiladas figuras; aquellos romanos que habían escapado a las hachas vikingas habían sido abatidos por las saetas de los pictos y, desde atrás, por las espadas de los gaélicos.

Pero esa parte de la batalla no había terminado. Arriba, en la abrupta ladera occidental, Cormac vio el desenlace de aquel drama. Un grupo de galos con la armadura de Roma se lanzaban sobre un solo hombre..., un gigante de negra cabellera en cuya cabeza brillaba una corona de oro. Había hierro en esos hombres, al igual que en el hombre que les arrastraba a su destino. Estaban condenados —sus camaradas eran degollados detrás de ellos—, pero antes de que llegara su turno al menos cobrarían la vida del jefe de cabello negro que había guiado a los hombres de dorada cabellera del Norte.

Acosándole desde tres direcciones, le habían obligado lentamente a retroceder hacia el abrupto muro de la garganta, y los cuerpos encogidos que había tendido a lo largo de su retirada demostraban con qué fiereza había sido disputado cada paso del camino. En la pendiente, mantener el equilibrio ya era tarea bastante; pero aquellos hombres trepaban al mismo tiempo que luchaban. El escudo de Kull y su gran "laza habían desaparecido, y la gran espada en su diestra estaba teñida de carmesí. Su cota de mallas, trabajada con un *Vte* olvidado, colgaba ahora en jirones, y la sangre brotaba de un centenar de heridas en sus miembros, su cabeza y su cuerpo. Pero sus ojos llameaban aún con la alegría del combate, y su cansado brazo seguía impulsando la potente hoja con golpes mortíferos.

Sin embargo, Cormac vio que el fin llegaría antes de que pudieran auxiliarle. En el punto más alto de la cuesta, un círculo de puntas amenazaba la vida del extraño rey, y hasta su férrea fortaleza iba agotándose. Hendió el cráneo de un enorme guerrero y con el mismo golpe cortó la yugular de otro;

tambaleándose bajo una auténtica lluvia de espadas, golpeó de nuevo y su víctima cayó a sus pies, hendida hasta el esternón. Entonces, en el mismo instante en que una docena de espadas se alzaban sobre el tambaleante atlante para darle el golpe de muerte, algo extraño sucedió. El sol se hundía en el mar occidental; todo el páramo nadaba en un rojo océano de sangre. Recortado ante el sol agonizante, como había aparecido por primera vez, Kull se alzó, y entonces, como una neblina que se levanta, un enorme paisaje se abrió detrás del rey tambaleante. Los asombrados ojos de Cormac percibieron una huidiza y gigantesca visión de otros climas y esferas..., como si se reflejaran en las nubes del verano; así la vio, y en vez de las colinas de brezos extendiéndose hasta el mar, había una tierra borrosa de montañas azules y centelleantes lagos tranquilos..., las agujas doradas, púrpura y zafiro y los muros colosales de una ciudad enorme, tal como no había conocido la Tierra en muchas eras.

Y después desapareció, como un espejismo que se borra, pero los galos en la abrupta ladera habían dejado caer sus armas y permanecían como atónitos..., ¡pues el hombre llamado Kull se había desvanecido y no quedaba rastro alguno de su marcha!

Como en sueños, Cormac volvió grupas y descendió hacia el campo de batalla. Los cascos de su caballo chapoteaban en lagos de sangre y resonaban en los yelmos de los muertos. A través del valle atronaba el grito de la victoria. Pero todo parecía ensombrecido y extraño. Una figura caminaba entre los cuerpos mutilados, y Cormac fue vagamente consciente de que era Bran. El gaélico desmontó y se encaró al rey. Bran iba sin armas, y estaba cubierto de sangre; la sangre brotaba de heridas en su entrecejo, su pecho y sus miembros; la armadura que había llevado estaba hecha pedazos, y un tajo había medio cortado su corona de hierro. Pero la gema roja seguía brillando sin mácula como una estrella de matanza.

—Pienso en matarte —dijo pesadamente el gaélico, hablando como un hombre en trance—, pues la sangre de hombres

valientes cae sobre tu cabeza. Si hubieras dado anees la señal de carga, algunos vivirían.

Bran se cruzó de brazos; tenía los ojos extraviados.

—Golpea si quieres; estoy cansado de la matanza. Frío es el hidromiel del reinar. Un rey ha de jugar con las vidas de los hombres y las espadas desnudas. Las vidas de todo mi pueblo estaban en juego; sacrifiqué a los normandos..., sí; ¡y me duele el corazón en el pecho, pues eran hombres! Pero si hubiera dado la orden cuando tú lo deseabas, todo habría podido torcerse. Los romanos no estaban aún amontonados en la estrecha boca de la garganta, y podrían haber tenido el tiempo y el espacio necesarios para formar sus filas de nuevo y derrotarnos. Aguardé hasta el último instante... y los saqueadores murieron. Un rey pertenece a su pueblo, y no puede permitir que sus propios sentimientos o las vidas de los hombres le influyan. Ahora mi pueblo se ha salvado; pero en mi pecho el corazón está helado.

Cormac dejó caer lentamente la punta de su espada hasta el suelo.

—Bran, has nacido para reinar sobre los hombres —dijo el príncipe gaélico.

Los ojos de Bran recorrieron el campo. Una neblina sangrienta colgaba sobre él, allí donde los bárbaros victoriosos despojaban a los muertos, mientras los romanos que habían escapado a la matanza arrojando sus espadas, ahora bajo vigilancia, lo contemplaban todo con ojos que ardían.

—Mi reino..., mi pueblo... se han salvado—dijo Bran cansadamente—. Vendrán a millares del brezal, y cuando Roma vuelva a moverse contra nosotros, encontrará una nación sólida. Pero estoy cansado. ¿Qué hay de Kull?

—Mis ojos y mi cerebro estaban perdidos en el combate —respondió Cormac—. Creí verle desvanecerse como un fantasma en el crepúsculo. Buscaré su cuerpo.

—No le busques. Llegó con el alba... y se fue con el crepúsculo. Vino a nosotros desde las neblinas de las eras, y ha regresado a las nieblas de los eones..., a su propio reino.

Cormac se apartó. Llegaba la noche. Gonar se alzaba como un espectro blanco anee él.

—A su propio reino —hizo eco el brujo—. El Tiempo y el Espacio nada son. Kull ha regresado a su propio reino..., su Propia corona..., su propia era.

—¿Era entonces un fantasma?
—¿No sentiste acaso el apretón de su sólida mano/ ¿No oíste su voz? ¿No le viste comer y beber, reír, matar y sangrar? Pero Cormac permanecía como en trance.
—Entonces, si es posible que un hombre pase de una era a otra que aún no ha nacido, o venir de un siglo muerto y olvidado, como quieras, con su cuerpo de carne y sangre y sus armas..., entonces es tan mortal como lo era en sus propios días. ¿Está muerto Kull?
—Murió hace cien mil años, tal como los hombres cuentan el tiempo —respondió el brujo—, pero en su propia era. No murió de las espadas de los galos en esta era. ¿Acaso no hemos oído en las leyendas cómo el rey de Valusia viajó a una tierra extraña e impersonal del nebuloso futuro, y luchó allí en una gran batalla? ¡Bien, pues lo hizo! ¡Hace cien mil años, o en el día de hoy!
»Y hace cien mil años, ¡o un instante!, Kull, rey de Valusia, se levantó del lecho de seda en su cámara secreta y, riendo, habló con el primer Gonar, diciendo: "¡Vaya, brujo, en verdad que he tenido extraños sueños, pues fui a climas lejanos y tiempos distantes en mis visiones, y luché por el rey de un extraño pueblo de sombras!". Y el gran hechicero sonrió y señaló en silencio la roja y embotada espada, y la cota desgarrada, y las muchas heridas que llevaba el rey. Y Kull, completamente despierto de su "visión" y sintiendo el aguijón y la debilidad de esas heridas aún sangrantes, quedó en silencio y asombrado, y toda la vida, el tiempo y el espacio le parecieron como un sueño de espectros, y se interrogó sobre ello el resto de su vida. Pues la sabiduría de las Eternidades se les niega incluso a los príncipes, y Kull no podía entender lo que le dijo Gonar más de lo que tú entiendes mis palabras.
—Entonces, Kull vivió pese a sus muchas heridas —dijo Cormac—, y ha regresado a las neblinas del silencio y de los siglos. Bien..., nos creyó un sueño; le creímos un espectro. Y con seguridad la vida es sólo una telaraña tejida de espectros, sueños e ilusiones, y se me ocurre que el reino que este día ha nacido de las espadas y la matanza en este valle aullante no *es* cosa más sólida que la espuma del brillante mar.